

J. A. Brillat-Savarin

Fisiología del gusto



EDICIONES OBELISCO

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Los editores no han comprobado la eficacia ni el resultado de las recetas, productos, fórmulas técnicas, ejercicios o similares contenidos en este libro. Instan a los lectores a consultar al médico o especialista de la salud ante cualquier duda que surja. No asumen, por lo tanto, responsabilidad alguna en cuanto a su utilización ni realizan asesoramiento al respecto.

Colección Salud y Vida Natural

FISIOLOGÍA DEL GUSTO

Jean-Anthelme Brillant - Savarin

1.ª edición: septiembre de 2021

Título original: *Physiologie du goût*

Traducción: *Conde de Rodalquilar*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-766-7

Depósito Legal: B-9.196-2021

Impreso por CPI Black Print - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Diálogo entre el autor y su amigo	7
Aforismos de catedrático	13
Prefacio	15
Meditación I: <i>De los sentidos</i>	23
Meditación II: <i>Del gusto</i>	32
Meditación III: <i>De la gastronomía</i>	49
Meditación IV: <i>Del apetito</i>	57
Meditación V: <i>De los alimentos en general.</i> Sección primera	65
Meditación VI: <i>De los alimentos en general.</i> Sección segunda	74
Meditación VII: <i>Teoría de la fritura</i>	123
Meditación VIII: <i>De la sed</i>	129
Meditación IX: <i>De las bebidas</i>	137
Meditación X y episódica: <i>Sobre el fin del mundo</i>	141
Meditación XI: <i>De la gastronomía</i>	144
Meditación XII: <i>De los gastrónomos</i>	155
Meditación XIII: <i>Medidas gastronómicas</i>	171
Meditación XIV: <i>Del placer de la mesa</i>	178
Meditación XV: <i>De las paradas de caza</i>	192
Meditación XVI: <i>De la digestión</i>	197
Meditación XVII: <i>Del descanso</i>	206
Meditación XVIII: <i>Del dormir</i>	210

Meditación XIX: <i>De los sueños</i>	213
Meditación XX: <i>Del influjo del régimen alimenticio respecto al descansar, dormir y soñar</i>	226
Meditación XXI: <i>De la obesidad</i>	231
Meditación XXII: <i>Tratamiento preservativo o curativo de la obesidad</i>	243
Meditación XXIII: <i>De la flaqueza</i>	255
Meditación XXIV: <i>Del ayuno</i>	261
Meditación XXV: <i>De la extenuación</i>	268
Meditación XXVI: <i>De la muerte</i>	276
Meditación XXVII: <i>Historia filosófica de la cocina</i>	280
Meditación XXVIII: <i>De los fondistas</i>	309
Meditación XXIX: <i>La gastronomía clásica puesta en acción</i>	320
Meditación XXX: <i>Ramillete</i>	333
Misiva a los gastrónomos de ambos Mundos	341

Diálogo entre el autor y su amigo (*Terminados los primeros saludos*)

EL AMIGO. Hoy, durante el almuerzo, mi mujer y yo, en nuestra sabiduría, hemos decretado que a la mayor brevedad permitirá usted que se impriman las *Meditaciones gastronómicas*.

EL AUTOR. Lo que la mujer manda, Dios lo quiere. En estas ocho palabras está comprendida toda la ordenanza parisiense. Pero yo no correspondo a la parroquia; y un soltero...

EL AMIGO. ¡Pero qué importa! Los solteros son tan obedientes como los demás, y algunas veces con gran perjuicio nuestro. Mas en el caso actual, el celibato no os puede salvar; porque mi esposa dice que tiene derecho de mandar ateniéndose a que las primeras páginas las escribió usted en nuestra casa de campo.

EL AUTOR. Tú, querido doctor, conoces mi condescendencia para con las señoras; más de una vez has alabado mi respeto y sumisión a mandatos femeninos; también decías, lo mismo que otros amigos, que yo sería un marido excelente... Pero, sin embargo, no quiero imprimir...

EL AMIGO. ¿Y por qué?

EL AUTOR. Porque estando dedicado a causa de mi carrera y ocupaciones a estudios serios, temo que quienes sólo lean el título de mi libro, piensen que no me ocupo más que de paparruchas.

EL AMIGO. ¡Terror pánico! ¿Para asentar una reputación contraria, no están ahí vuestros treinta y seis años de carrera pública y honrosa? Por otra parte, creemos mi mujer y yo que todos querrán leer el trabajo de usted.

EL AUTOR. ¿Verdaderamente?

EL AMIGO. Los literatos eruditos leerán ese libro para adivinar y aprender lo que usted meramente indica.

EL AUTOR. Eso podría muy bien suceder.

EL AMIGO. Las mujeres lo leerán, porque podrán ver que...

EL AUTOR. Querido amigo, soy viejo y no me separo de lo que la prudencia aconseja: *Miserere mei*.

EL AMIGO. Los gastrónomos leerán esa obra, porque usted les hace justicia, y porque en ella se establece al fin el lugar social que les corresponde.

EL AUTOR. Lo que es ahora, dices la verdad. ¡No se concibe que tanto tiempo ignorase el mundo la significación de personas tan apreciables! Tengo entrañas de padre para los gastrónomos; ¡son tan guapos y tienen los ojos tan brillantes!

EL AMIGO. Además, frecuentemente nos ha dicho usted que faltaba en nuestras bibliotecas un libro como el que ha escrito.

EL AUTOR. Lo he dicho, el hecho es cierto, y me dejaría estrangular antes de sostener otra cosa.

EL AMIGO. Siendo tales palabras de persona que está plenamente convencida, va usted a venir a casa...

EL AUTOR. ¡Eso no! Si el oficio de autor tiene dulzuras, también tiene espinas; y todo lo lego a mis herederos.

EL AMIGO. Pero así deshereda a sus amigos, a sus conocidos, a sus contemporáneos, y ¿tendrá usted valor para tanto?

EL AUTOR. ¡Qué me importan mis herederos! Esos herederos, ¿qué significan? No sé quién ha dicho que las sombras reciben con regularidad lisonjas de los vivos; y lo que yo

deseo reservarme para el otro mundo es cierta especie de beatitud.

EL AMIGO. Pero ¿quién puede tener la seguridad de que las alabanzas llegarán a su destino? ¿Puede usted confiar en la escrupulosidad y exactitud de los herederos?

EL AUTOR. No puedo, en manera alguna, abrigar la más leve razón para creer que omitan el cumplimiento de una obligación a cambio de la cual les dispensaré muchas otras.

EL AMIGO. ¿Cómo van a tener, cómo tendrán, aunque quieran, ese amor de padre, ese cuidado de autor, sin los cuales aparecen siempre las obras impresas hasta cierto punto desairadas?

EL AUTOR. Mi manuscrito estará corregido, puesto en limpio y bien arreglado en todos conceptos, y únicamente faltará quien lo imprima.

EL AMIGO. ¿Y dónde deja usted el capítulo relativo a los aciagos acontecimientos? Omisiones de tal naturaleza han producido la pérdida de obras preciosas, entre las cuales le puedo citar la del famoso Lecat sobre el estado del alma durante el sueño, trabajo al cual consagró su vida entera.

EL AUTOR. Indudablemente la pérdida fue grande; pero estoy muy remoto de aspirar a semejante compasión.

EL AMIGO. Crea usted que los herederos tienen bastantes negocios de qué ocuparse con las cosas de Iglesia, de justicia, médicos y con sus propios asuntos; y aunque no les falte la voluntad, carecerán de tiempo para dedicarse a los diversos cuidados que preceden, acompañan y siguen a la publicación de un libro, por muy escaso volumen que tenga.

EL AUTOR. Pero ¿dónde dejamos el título y el asunto mismo? ¿Quién asegura que ambos no se pondrán en ridículo?

EL AMIGO. La palabra *gastronomía* por sí sola excita la atención general, la materia está de moda, y los satíricos son tan gastrónomos como todo el mundo. Esto puede servir

para tranquilizarlo a usted; y por otra parte nadie ignora que los personajes más graves han escrito obras ligeras. El presidente Montesquieu es un ejemplo.¹

EL AUTOR [con viveza]. ¡Es muy cierto! Ha escrito *El templo de Gnido*, y se demuestra fácilmente que existe utilidad más verdadera meditando sobre lo que simultáneamente es la necesidad, el placer y la ocupación general cotidiana, que describiendo lo que, trascurridos dos mil años, hacían o decían un par de mocosos, de los cuales el uno perseguía al otro en los bosques de Grecia, cuando el perseguido no tenía maldita la gana de fugarse.

EL AMIGO. ¿Cede usted al fin?

EL AUTOR. ¡Yo! no, por cierto; no hay más sino que se ha descubierto el extremo de la oreja del autor. Esto me recuerda una escena de un drama inglés que me divirtió mucho; creo que es de la obra titulada *The natural Daughter* (La hija natural). Tú juzgarás.²

»Se nos presentan cuáqueros, y ya sabes que los que profesan el dogma de esa secta tutean a todo el mundo, llevan trajes modestos, jamás van a la guerra, nunca juran, obran flemáticamente y, sobre todo, en ninguna ocasión montan en cólera.

-
1. M. de Montorcla, autor de la excelente obra titulada *Historia de las matemáticas*, escribió un *Diccionario de geografía gastronómica*. Recientemente también se ha publicado el mapa gastronómico de Francia. De ellos he leído varios fragmentos durante mi estancia en Versalles. También me aseguran que el señor Berrygat-Saint-Prix, que con la mayor distinción explica la ciencia de los procedimientos judiciales, ha escrito una novela en varios tomos.
 2. Debe haber notado el lector que mi amigo consiente que lo trate de tú, hablándome él de usted. Esto consiste en que la edad mía es, con relación a la suya, como la de un padre respecto a la de su hijo; y aunque mi amigo sea hoy día, por todos conceptos, hombre importante, le daría pesadumbre si no siguiese tuteándole.

»El héroe del drama es un cuáquero joven y hermoso, que se presenta en la escena con traje pardo, su gran sombrero chato y el pelo liso; todo esto, por supuesto, no impide que esté enamorado.

»Aparece como rival suyo un fatuo, que envalentonado por aquella presencia y por la tranquilidad que la acompañaba, se burla de él, escarneciéndole y ultrajándole hasta tal punto, que nuestro joven, acalorándose poco a poco, se llena de furia y planta un bofetón mayúsculo sobre el impertinente provocador.

»Sacudido el bofetón vuelve a su estado habitual de compostura y recogimiento, diciendo en tono afligido: «¡Ay de mí! Creo que la carne ha podido más que el espíritu».

»Lo mismo digo yo, y después de un pronto que debe perdonarse, vuelvo a mi opinión primitiva.

EL AMIGO. No admito eso; por confesión propia ha enseñado usted la punta de la oreja, veo por donde cogerle y, agarrándole, voy a conducirlo a casa del librero. Además, tengo que anunciar que varias personas han descubierto el secreto.

EL AUTOR. No te atreverás a tanto; porque hablaré de ti, y ¡quién sabe qué cosas contaré!

EL AMIGO. ¿Qué puede usted contar de mí? No crea que va a meterme miedo.

EL AUTOR. No diré que nuestra misma patria³ tiene la gloria de haberte visto nacer; que a los veinticuatro años tenías

3. Belley, capital del Bugey, país encantador donde se encuentran montañas elevadas, colinas, ríos, arroyuelos cristalinos, cascadas y abismos. Es un verdadero jardín inglés, de cien leguas cuadradas, donde según la constitución del país, el tercer Estado, antes de la Revolución, tenía el veto contra los otros dos.

publicada una obra elemental, que desde entonces se considera como clásica; que, con reputación merecida, gozas de confianza general; que tu presencia tranquiliza a los enfermos, al propio tiempo que admiran tu habilidad y tu sensibilidad los consuela: eso lo sabe todo el mundo. Mas revelaré a todo París [poniéndome de pie], diré a Francia toda [con gesto imponente y entonación trágica], al universo entero, el único defecto que tienes.

EL AMIGO [con tono serio]. ¿Quiere usted decirme cuál es éste?

EL AUTOR. Un defecto habitual, del cual a pesar de mis reiteradas súplicas no he podido corregirte.

EL AMIGO [asustado]. Acabe de decirlo; me está usted atormentando demasiado.

EL AUTOR. Tienes el defecto de comer demasiado aprisa.⁴

[Aquí el amigo toma su sombrero y sale corriendo, sin dudar que sus predicaciones han hecho un converso].

4. Histórico. El *amigo* que sostiene este diálogo es el doctor Richeraud.

Aforismos de catedrático

A fin de que sirvan de prolegómenos a su obra, y de fundamento eterno para la ciencia.

- I. El universo no es nada sin la vida, y cuanto vive se alimenta.
- II. Los animales pacen, el hombre come; pero únicamente sabe hacerlo quien tiene talento.
- III. De la manera como las naciones se alimentan, depende su destino.
- IV. Dime lo que comes, y te diré quién eres.
- V. Obligado el hombre a comer para vivir, la naturaleza le convida por medio del apetito y le recompensa con deleites.
- VI. La apetencia es un acto de nuestro juicio, por cuyo intermedio preferimos las cosas agradables.
- VII. El placer de la mesa es propio de cualquier edad, clase, nación y época; puede combinarse con todos los demás placeres, y subsiste hasta lo último para consolarnos de la pérdida de los otros.
- VIII. Durante la primera hora de la comida, la mesa es el único sitio donde jamás se fastidia uno.
- IX. Más contribuye a la felicidad del género humano la invención de una vianda nueva, que el descubrimiento de un astro.

- X. Los que tienen indigestiones o los que se emborrachan no saben comer ni beber.
- XI. El orden que debe adoptarse para los comestibles principia por los más sustanciosos y termina con los más ligeros.
- XII. Para las bebidas, el orden que debe seguirse es comenzar por las más ligeras y proseguir con las más fuertes y de mayor aroma.
- XIII. Es herejía sostener que no debe cambiarse de vinos; tomando de una sola clase la lengua se satura, y después de beber tres copas, aunque sea el mejor vino, produce sensaciones obtusas.
- XIV. Postres sin queso son como una hermosa tuerta.
- XV. A cocinero se puede llegar, empero, con el don de asar bien, es preciso nacer.
- XVI. La cualidad indispensable del cocinero es la exactitud; también la tendrá el convidado.
- XVII. Esperar demasiado al convidado que tarda es falta de consideración para los demás que han sido puntuales.
- XVIII. No es digno de tener amigos la persona que invita y no atiende personalmente a la comida que ofrece.
- XIX. La dueña de la casa debe tener siempre la seguridad de que haya excelente café, y corresponde al amo cuidar que los vinos sean exquisitos.
- XX. Convidar a alguien equivale a encargarse de su felicidad en tanto esté con nosotros.

Prefacio

Para ofrecer al público la obra que a su benevolencia presento, no he tenido necesidad de trabajar mucho; porque únicamente he ordenado los materiales que desde largo tiempo poseía reunidos; ocupación divertida que reservaba para mi vejez.

Tomando en consideración, a todas luces y en todos sus aspectos, los placeres de la mesa, desde un principio pude deducir que sobre tal materia faltaban muchas cosas mejores que libros de cocina, y que se podían presentar observaciones importantes acerca de unas funciones tan esenciales, tan continuadas, y que tan directamente influyen en la salud, en la felicidad de la gente y hasta en todos los negocios de la vida.

Fija como fundamento y clave esta idea generatriz, las demás han brotado naturalmente. He observado a mi alrededor y, tomando apuntes con frecuencia, me he evitado fastidios inseparables del convidado en suntuosísimos festines, entreteniéndome con hacer anotaciones.

Para desempeñar la tarea propuesta ha sido necesario que me convierta en catedrático de física, química, fisiología y en una persona bastante erudita. Pero todos esos estudios los hice sin la menor pretensión de ser autor, impulsado por una curiosidad laudable, porque tenía temor de quedarme atrás en los progresos del siglo y por deseo de poder conversar, sin

desventaja, con personas de saber, cuya sociedad siempre me ha gustado.⁵

Sobre todo, me gusta ser médico de afición. Experimento respecto a este particular una monomanía y nunca olvidaré el momento en que se discutió, en cierta ocasión, la tesis del certamen del doctor Cloquet, donde asistí acompañado de los catedráticos, teniendo el gusto de percibir un murmullo general entre los estudiantes del anfiteatro, preguntando cada alumno, lleno de curiosidad, a su vecino, quién sería el *poteroso* protector extranjero que honraba con su presencia la asamblea.

Existe, no obstante, otra fecha cuyo recuerdo es para mí también grato. Fue el día que presenté al consejo de administración de la Sociedad para el Fomento de la Industria Nacional un instrumento inventado por mí, llamado *irrorator*, que no es sino una fuente de compresión apropiada para perfumar las habitaciones.

En el bolsillo llevaba yo mi máquina perfectamente cargada; abrí la llave y salió con silbido un vapor perfumado que ascendía al techo cayendo en aljófara sobre los concurrentes, muebles y papeles.

Entonces vi, con placer inefable, inclinarse sapientísimas cabezas de la capital ante mi invento y me deleita comprobar que los de mayor contento eran los que más mojados resultaron.

5. —Acompañeme usted a comer el jueves próximo —me dijo en cierta ocasión M. Greffuhle—; escoja usted los demás convidados, según guste, designado a los hombres científicos o literatos.

—La elección está hecha —contesté yo—, comeremos dos veces.

Lo cual se realizó efectivamente, resultando con delicadeza y esmero más notorios la comida de los literatos. (Véase la «Meditación X»).

Las graves lucubraciones originadas por la extensión propia del asunto del presente libro infundieron en mi ánimo serios temores de haber podido causar fastidio; porque yo también bostezo algunas veces ante las obras del prójimo.

A fin de no incurrir en defecto semejante, he adoptado el sistema de tratar superficialmente todos los particulares, cuando la materia lo ha permitido, intercalando en mi libro diversas anécdotas, relativas algunas a mi propia persona; he omitido muchos hechos singulares y extraordinarios, que no sancionaría la crítica severa; y he procurado llamar la atención presentando con claridad, de modo que todos lo entiendan, ciertos conocimientos que poseían únicamente las personas de estudios científicos.

Si a pesar de tantos esfuerzos no consigo suministrar a mis lectores ciencia de fácil digestión, no me quitará eso el sueño; porque tengo la certidumbre de que la buena intención basta para que la mayoría me absuelva.

Críticos habrá quizá que censuren que, a pesar de mis propósitos, escribo demasiado sobre algunos puntos, y que mis relatos adolecen de garrulidad extremada. Pero ¿tengo yo la culpa de ser ya un viejo? ¿Puedo remediar que conozca, como Ulises, los usos y costumbres de muchas poblaciones? ¿Merezco que se me reconvenga porque escriba una pequeña parte de mi biografía? Para mi disculpa tenga el lector en consideración que he omitido mis *Memorias políticas*, que pude también haberle suministrado como han hecho otros muchos; porque desde hace treinta y seis años ocupo un puesto principal en el teatro de la vida, desde donde observo a los hombres y los acontecimientos.

Sobre todo, téngase cuidado de no clasificarme entre los compiladores. Antes de convertirme yo, únicamente, en uno de éstos habría dejado descansar mi pluma y hubiera seguido viviendo tan feliz como siempre.

Como Juvenal, he dicho: *Semper ergo auditor tantum! Nunquamne reponam!*, y los que me conocen observarán fácilmente que he obrado bien, sacando partido del lugar que en la sociedad ocupó, de las reuniones tumultuosas y de solitarias meditaciones en mi gabinete.

Mucho de lo que he escrito lo ha sido para satisfacción propia. He nombrado a varios amigos que, por cierto, no lo aguardaban; he traído a la memoria diversos recuerdos amables, fijé otros que iba a olvidar y, además, he añadido algunas humoradas.

Podría suceder que cierto lector estirado exclamase: «¿Tengo necesidad de saber si...? ¿En qué estaría pensando cuando dije que...?», etc. Pero en tal caso estoy seguro de que los oyentes impondrían silencio, porque la gran mayoría acogerá bondadosamente mis desahogos, nacidos de laudables sentimientos.

Todavía tengo que decir algo acerca de mi estilo, porque, como observó Buffon, *el estilo es el hombre*.

No se crea que solicito indulgencia, que jamás se concede a los que la necesitan.

Se trata sencillamente de una explicación que voy a dar.

Yo debería escribir maravillosamente bien, porque Voltaire, Juan Jacobo, Fenelón, Buffon y después Cochin y d'Aguesseau, han sido mis autores favoritos y los conozco de memoria.

Mas los dioses quizá habrán dispuesto otra cosa, y en tal supuesto he aquí la causa de la voluntad de los dioses:

Con más o menos perfección conozco cinco idiomas modernos, lo cual me suministra un repertorio inmenso de palabras de todas clases.

Cuando tengo necesidad de una frase y no la encuentro en francés, la tomo de otra lengua, lo cual obliga al lector a que me traduzca o adivine: tal es mi destino.

Podía proceder de distinta manera, pero me lo impide la circunstancia de que soy tenaz e invenciblemente adicto al espíritu de sistema.

Tengo la convicción íntima de que el idioma francés que uso, comparativamente es pobre. En tal caso, ¿qué he debido hacer? Tomar prestado o robar.

Ambas acciones las he practicado porque empréstitos semejantes no llevan en sí cláusula restitutoria y porque el Código Penal no castiga el robo de palabras.

Para que pueda formarse una idea exacta de hasta dónde ha alcanzado mi audacia, debo manifestar que aplico la palabra *volante* con objeto de designar a cualquier persona que envío para hacer un recado, y que tenía resuelto afrancesar el verbo inglés *to sip*, que significa «beber a pequeños sorbos», si no hubiera exhumado la voz francesa *siroter* («beborrotear»), que poco más o menos equivale a lo mismo.

Estoy seguro de que los críticos severos van a preguntarse si he olvidado a Bossuet, Fenelón, Racine, Boileau, Pascal y demás del siglo xiv, y ya me figuro que oigo el alboroto espantoso que van a producir.

Con tranquilidad les contestaré que estoy perfectamente de acuerdo y que reconozco el mérito notorio de todos esos autores tan célebres y ponderados; pero ¿puede deducirse de esto cosa alguna...? Nada absolutamente, a no ser que se ponga de manifiesto que si lo hicieron bien con un instrumento ingrato, lo habrían hecho mejor con otro más perfecto. De la propia suerte, debe suponerse que Tartini habría tocado el violín mejor todavía de lo que acostumbraba, si su arco hubiese sido de iguales dimensiones al de Baillot.

Proclamo en consecuencia que pertenezco al partido de los *neólogos*, y aun de los *románticos*. Éstos descubren los tesoros escondidos; aquéllos se asemejan a los navegantes que van a buscar a países remotos las provisiones que necesitan.

Los pueblos del norte, y principalmente los ingleses, nos llevan sobre este punto una ventaja inmensa. Jamás sufre embarazo su genio por falta del modo de expresarse, porque crean o toman prestado. Por el contrario, en materias que exigen profundidad o energía, las copias que nuestros traductores presentan son siempre pálidas y descoloridas.

Hace años, en el instituto, oí pronunciar un discurso graciosísimo sobre los peligros del neologismo y acerca de la necesidad de mantener nuestra lengua como la usaban los autores del siglo de oro de la literatura.

En mi calidad de químico, introduje dicho discurso en la retorta, y como residuo de la destilación encontré lo siguiente: *Lo hemos hecho todo tan bien, que no es posible hacerlo mejor ni de distinta manera.*

Llevo bastantes años de vida para conocer que eso mismo lo dice cada generación, y que la venidera jamás omite burlarse de afirmaciones de tal naturaleza.

De otra parte, ¿por qué no ha de haber cambios en las palabras, si incluso las costumbres y las ideas sufren continuas modificaciones? Si hacemos cosas como los antiguos, las ejecutamos de distinta manera, y en algunos libros franceses aparecen páginas enteras que no pueden traducirse al latín ni al griego.

Todos los idiomas han tenido su nacimiento, apogeo y decadencia, y de los que florecieron desde Sesostris hasta Felipe Augusto, fuera de los monumentos, no existe uno solo. Igual suerte cabrá al idioma francés, y para leer este libro en el año de 2825, si hay entonces quien leerlo quiera, será necesario un diccionario.

Sobre esta materia sostuve a cañonazos una discusión con el amable señor Andrieux, de la Academia Francesa.

El orden de batalla que yo presenté era bueno; el ataque, vigoroso; le habría hecho prisionero si la retirada que mi ad-

versario emprendió no hubiese sido rápida; pero no puse impedimento a la fuga, recordando por fortuna suya que estaba encargado de una de las letras del alfabeto para la nueva edición del *Diccionario de la lengua*.

Termino con una observación importante, que por eso la he guardado para lo último:

Siempre que escribo y hablo usando el pronombre de la primera persona en singular, da se a entender que sostengo con el lector una especie de coloquio y puede entonces éste examinar, discutir, dudar y aun reírse de lo que yo manifieste. Mas cuando me armo del *nosotros* temible, en tales casos enseño desde la cátedra y es forzoso someterse a lo que diga.

*I am, Sir, oracle,
And, when I open my lips, let no dog bark.*
(Shakespeare, *Merchant of Venice*, act. I, esc. I)

Meditación I

De los sentidos

Sentidos son los órganos que sirven para poner al hombre en relación con los objetos exteriores.

Número de los sentidos

1. Cuando menos, debemos distinguir seis sentidos:

La vista, que abraza el espacio y por medio de la luz descubre la existencia y colores de los cuerpos que nos rodean.

El oído, que por el intermedio del aire recibe el sacudimiento producido por los cuerpos ruidosos o sonoros.

El olfato, por medio del cual percibimos los olores de los cuerpos que huelen.

El gusto, que nos sirve para apreciar todo lo que es sávido o comible.

El tacto, cuyo objeto se reduce a percibir la consistencia y la superficie de los cuerpos.

Por último, el sentido *generador*, o sea, el *amor físico*, que atrae a ambos sexos opuestos, teniendo por fin la propagación de la especie.

Respecto a lo último, es notable que, hasta la época en que vivió Buffon, no se haya asignado lugar oportuno a sentido tan importante, habiéndolo confundido o mejor clasificado junto con el tacto.

Sin embargo, nada de común tiene con el tacto la sensación que en dicho sentido reside. Radica en aparato tan completo como la boca o los ojos; y es raro que, presentándose en cada sexo todo lo necesario para experimentar esta sensación, se requiera además necesariamente que ambos se junten a fin de conseguir el objeto de la naturaleza.

Ahora bien, siendo indisputablemente el *gusto*, que sirve para la conservación del individuo, uno de los sentidos, con mayor razón merecerán tal nombre los órganos destinados a la conservación de la especie.

Demos en consecuencia a lo generador el sitio correspondiente, que no puede negársele, y confiemos en que nuestros descendientes le asignarán el rango debido.

Modo de obrar de los sentidos

2. Si retrocedemos con la imaginación a la existencia primitiva del género humano, se hallará que las primeras sensaciones fueron sólo directas; es decir, que uno veía entonces con vaguedad, oía confusamente, olía sin elegir, comía sin paladear y gozaba a manera de brutos.

Mas siendo el alma centro común de toda sensación, atributo especial del género humano y causa siempre activa perfeccionadora, reflexionose sobre tales impresiones, y de su comparación y análisis se obtuvo como resultado que en breve todos los sentidos recíprocamente se ayudaban, para utilidad y comodidad del *yo sensitivo*, o lo que viene a ser lo mismo, *del individuo*.

En consecuencia, el tacto ha corregido los errores de la vista; el sonido, mediante la palabra articulada, se ha hecho intérprete de todos los sentimientos; con la vista y el olor se auxilia el gusto; el oído ha comparado los sonidos, pudiendo

apreciar las distancias, y por último, la parte generadora ha invadido los órganos de todos los demás sentidos.

El torrente de los siglos, inundando sin cesar al género humano, acarrea nuevas mejoras, cuyas causas siempre activas, aunque a menudo ocultas, son en su origen exigencias de nuestros sentidos, que sucesiva y perpetuamente necesitan agradable entretenimiento.

En consecuencia, tenemos que la vista fue origen de la pintura, escultura y de los espectáculos de toda especie.

El sonido originó la armonía, el baile y la música, con todas sus ramificaciones y sistemas de ejecución.

El olfato hizo buscar, indagar, cultivar y aplicar los perfumes.

El gusto ocasionó que se examinase y preparase cuanto puede servir para alimentos.

Del tacto emanan las artes todas, la destreza y habilidad, y por último, cuantas industrias conocemos.

Lo generador ha preparado cuanto conduce a embellecer la reunión de ambos sexos, desde la época de Francisco I hasta el amor romántico, terminando en la coquetería y la moda. La coquetería nació en Francia; sólo tiene nombre en el idioma francés y las primeras naciones del mundo acuden diariamente a la capital del universo para estudiar y aprender el coquetismo.

Por muy extraña que la anterior afirmación parezca, nada más fácil, sin embargo, que demostrar la verdad que encierra. Los idiomas antiguos son incapaces de expresar claramente los tres móviles de nuestra actual sociedad.

Sobre este asunto tenía escrito un diálogo, que no estaba desprovisto de interés, pero lo he suprimido a fin de reservar a mis lectores la satisfacción de que cada cual lo presente a su manera. La materia de que se trata se presta perfectamente para proferir agudezas y hasta para demostrar en cualquier tertulia dotes de ingenio durante una noche entera.

Apuntamos más arriba que la parte generadora había invadido los órganos de todos los demás sentidos. Del mismo modo ha influido enérgicamente sobre todas las ciencias, cuyas partes más ingeniosas y sutiles, atentamente examinadas, resultan debidas al deseo, a la esperanza o al agradecimiento que de la unión de ambos sexos nace.

Tal es, hablando el lenguaje severo de la realidad, la genealogía de las ciencias, sin excluir ninguna por muy abstracta; porque todas resultan inmediatamente de nuestros esfuerzos perseverantes, para alcanzar sensaciones gratas a los sentidos.

Última perfección de los sentidos

3. La predilección constante que a los sentidos conferimos, no evita que disten mucho de ser perfectos, y en demostrar esto no pienso detenerme. Sin embargo, únicamente voy a observar que sentidos que forman en cierta manera los dos extremos de una serie que empieza por el más etéreo, la vista, y termina con el tacto, han adquirido, trascurriendo el tiempo, poder adicional notabilísimo.

Auxiliada la vista de *gafas*, precave hasta cierto punto la debilidad senil que oprime la mayor parte de los demás órganos.

El *telescopio* ha descubierto astros desconocidos e inaccesibles a cuantos medios humanos existían hasta la época de su invención. Las distancias que alcanza son tan enormes que nos hace percibir cuerpos luminosos, necesariamente inmensos, que con la vista desnuda aparecen como manchas nebulosas casi invisibles.

El *microscopio* nos ha iniciado en el conocimiento de la estructura interior de los cuerpos. Nos ha hecho ver vegetaciones con plantas de cuya existencia ni aun siquiera sospechábamos. Deja observar, por último, animales que son cien mil veces más pequeños que el menor de los que el ojo desnudo puede percibir;

y como tales animalitos se mueven, alimentan y reproducen, hay que suponerlos dotados con órganos tan tenues, que ni aun la imaginación es capaz de concebir lo diminuto de su tamaño.

De otra parte, las fuerzas se han multiplicado por la mecánica; el hombre, con su auxilio, puede ejecutar cuanto ha ideado y es capaz de mover cargas que la naturaleza creó inaccesibles a la debilidad humana.

El hombre, con las armas de fuego y la palanca, ha subyugado a la naturaleza entera, y la ha sometido a sus placeres, necesidades y caprichos, trastornando la superficie terráquea hasta convertir al débil bípedo en rey de la creación.

Engrandecidas de tal modo las facultades de la vista y del tacto, estos sentidos corresponden a seres muy superiores al hombre; o mejor dicho, el género humano sería totalmente otro si los demás sentidos tuviesen la misma perfección.

Hay que notar forzosamente, sin embargo, que si como fuerza muscular es grande el desarrolló adquirido por el tacto, éste, como órgano sensitivo, nada debe a la civilización; pero no desesperemos por eso, recordando que el género humano todavía cuenta pocos años, y para que los sentidos consigan ensanchar su dominio, aún tienen que trascurrir muchos siglos.

Por ejemplo, cerca de cuatro siglos nada más van pasados desde el descubrimiento de la *armonía*, ciencia celestial que, respecto del sonido, es lo mismo que los colores para la pintura.⁶

6. Sabemos que se ha sostenido lo contrario; mas este sistema carece de apoyo. Si la armonía hubiese sido conocida de los antiguos, escritos habrían dejado donde se conservasen algunas nociones precisas sobre el particular, mientras que de ellos sólo existen algunas frases oscuras, propias para toda clase de inducciones. De otra parte, no hay posibilidad de encontrar el nacimiento y progreso de la armonía en los monumentos que se conservan. La debemos a los árabes, que nos legaron el órgano, que tocando y produciendo simultáneamente diversos sonos continuados originó así la idea primitiva de la armonía.

Indudablemente, los antiguos sabían cantar acompañados de instrumentos unísonos; pero con esto quedaban limitados sus conocimientos porque ignoraban la manera de descomponer los sonidos, así como la de apreciar sus relaciones.

Desde el siglo xv, únicamente, existe fija la tonalización, regularizado el movimiento de los acordes y descubiertos los medios para sostener la voz y dar fuerza a la expresión de los sentimientos.

Este descubrimiento tardío, aunque natural, ha duplicado el oído, donde ha demostrado que existen dos facultades, independientes hasta cierto punto, sirviendo una de ellas para recibir los sonidos y la otra para apreciar la resonancia.

Los alemanes eruditos dicen que las personas sensibles a la armonía tienen un sentido más.

Debemos observar respecto de los individuos que en la música sólo encuentran un cúmulo de sonidos confusos, que casi todos desafinan cuando cantan; y es necesario pensar que tienen el aparato auditivo formado de manera que sólo recibe vibraciones breves sin ondulaciones, o que no encontrándose los dos oídos en el mismo diapasón, resulta que la diferencia en longitud y en sensibilidad de sus partes constituyentes produce que únicamente trasmitan al cerebro sensaciones oscuras e indeterminadas, como dos instrumentos tocados en tonos y medidas diversas, que impedirían oír cualquier melodía continuada.

Los últimos siglos que acaban de trascurrir también han dado a la esfera del gusto extensiones de importancia.

El descubrimiento del azúcar con sus diversas preparaciones: los licores, los helados, la vainilla, el té y el café, nos han trasmitido sabores de naturaleza antes desconocida.

¿Quién sabe si al tacto no le llegará su vez, y si alguna feliz casualidad no abrirá por este lado manantiales de nuevos goces? Quizá haya mayores probabilidades, porque la

sensibilidad tangible existe en toda la superficie del cuerpo humano y puede recibir excitación en cualquiera de sus partes.

Fuerza del gusto

4. Se ha visto que el amor físico ha invadido todas las ciencias, procediendo en el particular con esa tiranía que perpetuamente le caracteriza.

El gusto, como facultad más prudente, más moderada, aunque no menos activa; el gusto, decimos, ha llegado al mismo fin con una lentitud que asegura la duración de favorable éxito.

Más adelante describiremos los progresos del gusto; pero aquí desde luego podemos fijar la atención acerca de sus deleites, que siempre destacan y se encuentran colocados en cuadros magníficos, a lo que las ciencias todas han contribuido. De esto puede convencerse cualquiera, sin violentar la imaginación, al asistir a banquetes suntuosos, en estancias ricamente adornadas, cubiertas de espejos, pinturas, esculturas y flores; con la atmósfera embalsamada de aromas y fragancias, el aire inundado por torrentes de armonía y sonidos melodiosos, y formando parte principal de la concurrencia, mujeres hermosas y hechiceras, ricamente ataviadas.

Término del efecto de los sentidos

5. Tendamos la vista sobre el sistema general de nuestros sentidos, tomados en conjunto, y observemos que dos fines ha tenido el Creador, siendo el uno consecuencia del otro,

a saber: la conservación del individuo y la duración de la especie.

Tal es del hombre el destino, considerado como ser sensitivo y, a dicho doble fin, todas sus acciones se encaminan.

La vista observa los objetos exteriores, revela las maravillas alrededor del hombre y le enseña que de un gran todo forma parte.

El oído percibe los sonidos, ya produzcan sensaciones agradables, ya sirvan de advertencias, por provenir del movimiento de cuerpos que puedan ocasionar algún peligro.

La sensibilidad sirve de vigilante, dando aviso de cualquier lesión inmediata por medio del dolor.

Como servidor fiel, la mano prepara la retirada del hombre, asegura sus pasos, y toma con preferencia cuantos objetos juzga por instinto a propósito para reparar las pérdidas que el sostener la vida produce.

Sirve de explorador el olfato, porque las sustancias deletéreas, en sí, siempre huelen mal.

Entonces el gusto se decide, los dientes se ponen en movimiento, la lengua acompaña al paladar con objeto de percibir sabores, y pronto el estómago dará principio a la asimilación.

En tal estado experimentase una languidez desconocida, los objetos parecen sin color, dóblase el cuerpo, ciérranse los ojos, todo se desvanece y los sentidos entran en reposo absoluto.

Al despertar, el hombre ve que alrededor suyo nada ha cambiado; sin embargo, en su seno arde y fermenta fuego misterioso; se ha desarrollado un órgano nuevo y advierte la necesidad de compartir su existencia.

Sensación semejante, en tales momentos siempre activa, inquieta e imperiosa, es común a ambos sexos; los aproxima, los une y después, ese par de individuos pueden dormir tran-

quilamente, porque han cumplido la obligación más sagrada, asegurando la continuidad de la especie.⁷

Cuanto hasta aquí llevo expuesto, forma la ojeada general y filosófica que considero obligatorio deber presentar a mis lectores, a fin de conducirlos naturalmente a examen más detenido del órgano del gusto.

7. Con encantos de brillantísima elocuencia, M. de Buffon pintó los primeros momentos de la existencia de Eva.

Obligados a tratar de asunto casi semejante, hemos limitado nuestra pretensión a dibujarle con rasgos sencillos; pero estamos seguros de que todo lector sabrá dar perfectamente los correspondientes colores.